

## Reforma de los mandamientos

**M**e temo que más de un de mis lectores haya leído «Reforma de los diez mandamientos», por un desliz de lector, en el fondo de igual origen que lo de los ciegos: «Soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería».

¿Que a muchos nos vendría bien, o por lo pasado o por lo futuro, tal reforma de alguno o muchos de los diez?

Fuera modo barato y trillado, hasta por película, el de tratar el tema por vía del ridículo. Por barato y trillado entra en el campo de las tentaciones de ese Don Nadie, o Don Cualquiera, que todos somos a ratos, largos y muchos, de creer a Heidegger, en vez de atender a lo que sabemos ser por serlo de ordinario, y no necesitar entonces de germano alguno que nos lo 'gga con palabras que, al parecer, no nos aludan.

Básteme recordar, para dar testimonio de mi pertenencia a Don Nadie, una coplita de mi tierra natal:

*Si en el sexto no hay perdón  
y en el séptimo rebaja,  
ya puede nuestro Señor  
llenar el cielo de paja.*

Cuáles sean las preferencias divinas, no es punto que a d la competencia de uno de tantos humanos como lo e quien esto escribe. Llenar el cielo de paja, el infierno de carne

y el limbo de gente «ida», como solemos ser los filósofos, son posibles interpretaciones humanas; pero haríamos injuria a Dios creyendo que sus recursos imaginativos, conceptuales y volitivos son tan escasos y gastados como los nuestros. Si Dios reforma los diez mandamientos por «perdón» y «rebaja» es cosa suya, que, por supuesto, no dejará de irnos bien a los «pobres pecadores».

Pero no se trata de Reforma: se trata de «cambio de tono» —sean los mandamientos diez, o muchísimos más, tantos como los que Dios «dijo» a Moisés en el monte de Sinaí, y Moisés dejó «escritos» en el Exodo, capítulos 21, 22 y 23.

El cambio de tono consiste en pasar de mandamientos u obligaciones a consejos y recomendaciones. En vez de apelar al palo, apelar al honor, al buen gusto, al ridículo.

No es calumniar desafortunadamente al infierno decir que ha fracasado como medio pedagógico y represivo. Los que creen en él, no lo necesitan; y los que lo necesitan, no creen en él. Total, que sobra. Moisés no amenazó a los hebreos con eso, sino con otras maldiciones más de tejas abajo, tangibles ya en este mundo.

Pero mandamientos no seguidos de palo, caso de inobservancia, y no acompañados de premio, si se los cumple, presuponen siempre que se crea en la existencia del palo o del premio, y, si existen, que a uno le apetezca tal premio y le importe tal palo. Cosas que no van necesariamente una con la otra; su unión es sintética a posteriori; y en esta frase, sibilina tal vez para algún lector, queden resumidas indirectamente otras que «peor es menearlas», aparte de que no vienen a cuento.

No siempre se ha podido apelar, a lo largo de la historia, a sentimientos tan sutilmente potentes cual decoro, buen gusto, miedo al ridículo. El griego clásico formó una sola palabra de las dos de belleza y bondad; una atemperaba a la otra; la bondad para ser tal tenía que ser bella de ver: ser idea; y la belleza para ser tal tenía que ser buena, ser un bien, ser útil. Por eso decía Platón, como altavoz natural de tal tono del hombre griego, que a la Bondad bella (idea de Bien) se llega por la Belleza de buen ver (idea de lo Bello); y lo Bello ha pasado, ya que es lo mismo, por los mismos escalones que lo bueno: cuerpos, empresas, artes, ciencias ... bellos-y-buenos.

Difícil y aventurada empresa es hacer una estadística de cuántas acciones u obras, tenidas por buenas, se han hecho no tanto por la bondad de ellas sino por su belleza, y más por buen gusto que por obligación, y casi nunca por ojo al premio o al castigo. El temor al ridículo ha debido de evitar más acciones malas que el miedo al infierno y al pecado —en muchas personas de tiempos no distantes del nuestro, y en muchos de los tiempos de los clásicos griegos y romanos.

El «qué dirán» es otro de esos motivos, no a tono con mandamientos y obligación, sino con «buen gusto» y «ridículo».

Cuándo nos hemos propuesto, o cuándo se ha propuesto una época histórica, el experimento, en grande y en consciente, de fomentar y explotar, por todos los ahora llamados medios técnicos de masas, esos estímulos que son ridículo, buen gusto, elegancia y distinción, para elevar, o crear, una atmósfera moral, esa atmósfera que no han logrado crear, como atmósfera, cuatro u ocho mil años de mandamientos y obligaciones? Que «palo» moral y religioso no lo ha conseguido, es dato histórico; y, como dato, es neutral y superior a teorías y a lo que uno cree o quisiera creer y desear.

¿No nos bastará con cuatro u ocho mil años de fracaso de moral «mandamás» para cerrarle el balance, cancelarle el crédito y poner a prueba, en grande y en empresa, el valor moralizante de buen gusto y de ridículo?

Cuando Aquiles, Agamenón... u otro de los grandes héroes de la Iliada quieren reanimar el valor de sus «pueblos» echan mano o lengua de la palabra «aidós»: ¿«No os da vergüenza»? ¡Tened «vergüenza»! Rara vez, y creo que esa vez es Héctor el Troyano, quien amenaza con castigos tales que, entonces y ahora, nos pondrían carne de gallina. «Vergüenza» es honor y decoro.

¿Apelamos suficiente número de veces y con suficiente número de maneras a decoro y honor para cumplir los llamados mandamientos, diciéndoles que no hace falta que manden, griten o amenacen, que le bastan al hombre bien nacido y con gusto decoro y honor?

¿Y qué si no basta es, en buena parte y causa, porque no se los fomenta ni ha fomentado tanto como esoteros, su

tantico bárbaros, de mandar y amenazar, miedo a todo pasto, descomunales castigos o desaforados premios?

No se puede negar que sea posible lo que no se ha puesto a prueba; y si a uno le dieron cuatro mil años para una empresa, y aún parece poco, no hay por qué a otro no le otorguen unos centenares. Es cuestión de experimento histórico.

Abramos crédito moral y religioso a honor, decoro, buen gusto, ridículo, vanidad inclusive.

De diez mandamientos a diez recomendaciones. La moral no va a perder por ello más de lo que ha perdido.

Lo que, por el momento o fase histórica de mal educados, haya que mandar, con amenazas y castigos, casi siempre desproporcionados, es decir: injustos por carta de más, que se transfiera al Derecho positivo. Mas libremos a Moral y Religión de ese fondo, nada lucido, inútil además y siempre embarazoso, de mandar, amenazar, castigar y premiar, como la ciencia matemática ha descargado a Religión de deber y poder hablar en nombre de Dios sobre astronomía, y tal vez presto descargue la ciencia biológica a la conciencia religiosa de esotro fardo de deber meterse en genética social y en planificación familiar.

No habrá, en ninguno de estos y parecidos casos, que cambiar el contenido de lo actual o secularmente mandado; se transpondrá el tono: de mandato a recomendación. Y explotaremos minas, no aprovechadas aún plenamente, del alma humana, cual buen gusto, decoro, ridículo, abandonando esotra mina, casi agotada y desde siempre de mineral barato e inferior en calidad moral y religiosa, que es «miedo y palo».